NUEVA GALERÍA HISTÓRICA

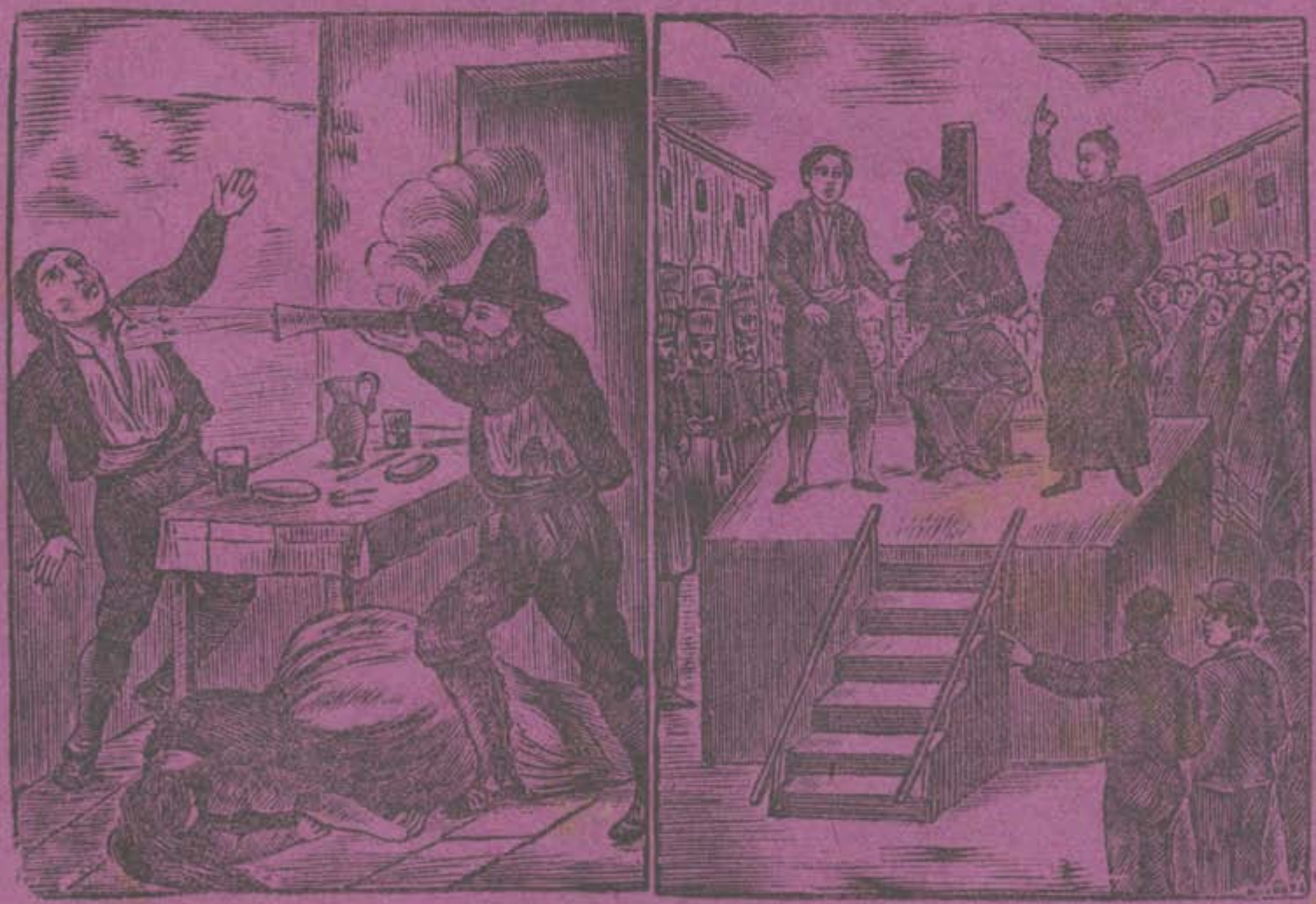
HISTORIA

de la vida y hechos del famoso bandido

JUAN PORTELA

escrita en verso por José Ferrer (a) Queri

Al final va la Historia del bandido PERNALES



REUS

Librería «La Fleca», de Juan Grau Gené

Calle Aleus, número 1

NUEVA HISTORIA

HISTORIA

DE

JUAN PORTELA

NUEVA GALERÍA HISTÓRICA

HISTORIA

de la vida y hechos del famoso bandido

JUAN PORTELA

Escrita en verso por José Ferré (a) Queri

Al final va la Historia del bandido PERNALES

REUS

Librería «La Fleca», de Vda. de Juan Grau Gené

Calle Aleus, número 1

PRÓLOGO

En la vida de las personas se presentan unos casos, que sin querer ni remotamente pensarlos, nos traen a la perdición; así le pasó a Juan Portela, puesto que era un hombre de bien, muy honrado y trabajador.

Más tarde Juan Portela, fué un asesino y un ladrón, claro que sí, pero quien tuvo la culpa que lo fuese, fué una mujer. Portela se enamoró de una joven, ella se enamoró de él, ambos se habían jurado amor eterno, acordando unirse en matrimonio. Después se le presentó otro a galantearla y sin recordar sus compromisos se enamoró de éste y despreció al otro. Entonces Portela recibiendo un desaire así, desesperado y medio loco hace unos pensamientos desastrosos, se va a casa de la que habia de ser su esposa, encontrándola cenando con su marido y haciendo burlas de él, se enciende de rabia y los mata. Una vez en la carrera del crímen, la sigue hasta que logran capturarle.

Una mujer cuando se compromete con un hombre, tiene la obligación de cumplir la palabra, para evitar funestas consecuencias.

Es necesario no ir con ligereza en cosas de tanta importancia.

Debe una mujer pensarlo bien y meditarlo mucho, antes de dar palabra de matrimonio.

Hago estas reflexiones con deseos de hacer un bien a la Humanidad. Si lo consigo quedará muy satisfecho

EL AUTOR.

HISTORIA DEL FAMOSO BANDIDO

JUAN PORTELA

ESCRITO EN VERSO POR J. F. Q.

(Puede cantarse con la misma tonada del romance)

PRIMERA PARTE

El mes de Octubre expiraba
en el año cuarenta y dos:
era un día, que abrigaba
solo lo que sabe Dios
y el hombre nunca pensaba.
Día fatal y de horror
en que el cielo se cubrió
de un borrascoso color,
y a poco tiempo estalló
la tormenta con furor.
Córdoba bien se asustaba
al ver un día sin freno
en que el rayo relumbraba
y el estampido del trueno
pocos momentos cesaba.
En una casa vivía
con paz, amor y quietud,
una familia, que un día
era el sol de la virtud
que Córdoba conocía.
En humilde habitación,
allí un joven se encontraba:
y una funesta pasión
es cierto que atormentaba
a aquel noble corazón.
Era un mozo de bondad,
veinte y cuatro años tenía,
y buscaba soledad,
por llorar lo que sentía
en su bella mocedad.
«Solo estoy, se fué el gozar,
dijo con gran desconsuelo.»
Quiero decir mi pesar
al encapotado cielo
que llora al verme llorar.
«¿Porqué yo joven y honrado
y de todos tan querido
vivo tan desesperado
y no puedo dar olvido
a la vil que me ha engañado?
«¡Cual su risa debe ser
con la burla que me ha hecho!...
Con su mágico poder,
ha destrozado mi pecho
esa pérfida mujer.
«Eterno amor me juraba
con sus sonrosados labios,
y yo loco no pensaba
que pudiese hacerme agravios
la que yo tanto adoraba.
«Es ya tan fatal mi suerte
que me aborrezco a mi mismo;
ya no me espanta la muerte:
en el más profundo abismo
Portela vas a caerte.
«Ya no debo respetar
ese amor sin esperanza,
oigo solo retumbar
el grito de la venganza
que me viene a atormentar.
«Muera la pérfida ya:
quien comete una traición
al que enamorado está,
por su vida no hay perdón
la venganza estallará.
»Soy lo mismo que una fiera
que le roban sus hijuelos
que furiosa desespera:
y a tanto llegan mis celos
que es preciso que ella muera.

«Casarse con otro amante
ha sido su voluntad,
sin mirar que el más constante
se queda así en la orfandad
de aquel amor arrogante.
»¿Quien de la mujer se fía?
¿Quien por la falsa mujer
padece de noche y día,
si ellas pagan su querer
con eterna villanía?
»Mis ojos, no lloreis más,
llegó la resolución
para no volverme atrás:
ya nada de compasión;
venganza, corriendo vas.»
Su pobre padre ya anciano
se dirigió al aposento
que Juan habitaba ufano
y le dijo en el momento
que le alargase la mano.
Juan al punto contestó:
«Dejadme solo por Dios,
padre os lo pido yo;
pues ya conocereis vos
que mi alegria pasó.
«Deja esas quimeras Juan»
muy triste contestó el viejo.
«Tus hermanos que dirán
y tu madre, si no alejo
las penas que con tí están.
Ellos notan tu tristeza,
y temen con amargura
que tu pierdas la cabeza
y hagas alguna locura;
sería una gran vileza.
Si una mujer te engañó
déjala Juan en olvido
no pases delirio no,
que ella estando en su querido
de seguro te olvidó.
Enferma tu madre está,
tus hermanos por tí lloran,
vamos Juan, acaba ya:
ya ves que todos te adoran
y el tiempo feliz vendrá.»
«Bien padre, dejadme os digo.»
Contestó Juan con cariño.
«Ya vuestros consejos sigo:
ya sabeis que desde niño
siempre a mis padres bendigo.»
Cesó la conversación,
y el buen anciano contento
y tranquilo el corazón,
dejó a Juan en su aposento
y le dió consolación.
Aquella noche horrorosa
Juan Portela no dormía:
pues no pensaba otra cosa
y solo era su manía
la venganza tan sabrosa.
Tan fuerte bramaba el viento
que las veletas chirrían;
los astros del firmamento
tras las nubes se escondían:
noche de fatal tormento.
Córdoba en silencio estaba:
la calle de Juan, desierta;
tan solo un ruido sonaba
y era Juan que abrió la puerta
y enseguida la cerraba.
Dos pistolas y un puñal
colgaban de su cintura
y un trabuquillo infernal,
y Portela con locura
corrió a la senda del mal.
Se puso en marcha enseguida
y al punto se dirigió
en casa de la querida
que ser suya prometió
y fué a quitarle la vida.
Mientras esto sucedía
en la calle de Portela,
muy cerca otra casa había,
que pasaban noche en vela
una amable compañía.
Era una linda mujer
que cenaba con su esposo;
y con amar y querer
el tiempo muy venturoso
disfrutaban con placer.
Ella se llamaba Inés,
querida, que fué de Juan;
el otro su esposo Andrés
y esos novios con afán

era su amor de interés.
Su novio en aquel momento
decía a su tierna esposa:
«Juan Portela en otro tiempo
quería hacerte dichosa...
y eso me dá algún tormento.»
—«Andrés, no pienses tan mal
que aquel Juan ya está olvidado;
cual tú, no hay otro igual;
aunque Portela es honrado...
tú tienes mucha más sal.
Al fin, es un labrador,
y en amar era grosero
con las palabras de amor;
y a la verdad yo prefiero
que seas tú mi candor.
Sin penas y sin quimeras
felices somos los dos;
yo te quiero muy de veras,
y bendice al mismo Dios
nuestras horas placenteras.»
Mientras los novios hablaban
de su dicha y su ventura,
los pobres bien ignoraban
que su triste sepultura
los cielos les preparaban.
Sonó a la puerta un ruido
como quien llama con calma,
y era Juan, que enfurecido
iba a arrancarles el alma
a la mujer y al marido.
La puerta pronto cedió
a un empuje de Portela,
Juan la escalera subió
con muchísima cautela
y ante ellos se presentó.
«Felices, y buen provecho
os haga amigos la cena:
me he creído tener derecho
en daros la enhorabuena,
siendo feliz vuestro pecho.
«Yo soy Juan Portela, Inés,
y como tanto te amaba
pienso que mi deber es
cumplir lo que deseaba
de humillarme hoy a tus piés.»
»Este tan bello galán
que será tu novio, creo:
vale más este que Juan,
aquel labrador tan feo
que los hombres juzgarán.
»Aquel que por su querida
contento hubiera perdido
más de mil veces la vida,
y el pobre está enloquecido
por una vil fementida.»
«Ay Juan, tenme compasión.»
Ella contestó al momento.
—«No quieras a un corazón
avivarle más tormento...
Por Dios, te pido perdón.
Es verdad que débil fuí
que me volví caprichosa
y que yo te prometí
ser tu más querida esposa
y es cierto que no cumplí.
Seré tu amigo si quieres;
bien puedo hacerte un favor
cumpliendo con mis deberes:
pero ya nada de amor,
de dicha, ni de placeres.
Así que casado estés
pasará todo este afán:
Juan no pensará con Inés
ni tampoco Inés con Juan;
el mundo siempre así es.
Vete Portela en buena hora
y en paz déjanos estar;
quizás una gran señora
por fin podrás encontrar,
que será más seductora.»
Ya Juan de rabia temblaba
sin poder ya contenerse:
el novio quieto se estaba
sin hablar y sin moverse
y de gran miedo sudaba.
Inés volvió a repetir:
«Vamos Juan, ¿que no te vas?
me obligarás a decir
que no quiero verte más
y no te podré sufrir.»
Portela con gran despecho
pronto empuñó su puñal
y lo dirigió muy derecho

a la que fué desleal
y le atravesó su pecho.
Cinco puñaladas le dió
a aquella pérfida ingrata
que sin sentido cayó
y en acción tan insensata
escaparse procuró.
Luego el esposo de Inés,
con gritos desaforados
socorro pidió después;
los vecinos alarmados
corrieron a casa Andrés.
Viéndose Juan ya perdido,
no pudiendo hacer callar
a aquel dichoso marido,
preciso le fué apuntar
con su trabuco atrevido.
Salió el tiro, y cayó muerto
el pobre Andrés en el suelo
y con grande desconcierto
Juan dió una mirada al cielo
y siguió su abismo abierto.
Salió del novio un gemido
y a Dios entregó su alma
mientras Portela atrevido
contempló en amarga calma
su deseo ya cumplido.
Con mucha satisfacción
volvió el trabuco a cargar
y solo fué su intención
de aquella casa escapar
para meterse a ladrón.
Mucha gente a la salida
de aquella casa encontró;
con arrogancia atrevida
el paso les disputó
para salvarse la vida.
Como un león pasó fiero
enfurecido y bramando,
y con empuje severo
las gentes fué maltratando
como el más vil bandolero.
De detenerle trataron;
pensando ya su maldad
todos con horror gritaron;
en aquella gran ciudad
sus vecinos despertaron.
Llegó a las puertas de Utrera
y detenían su paso,
pero él con voz muy entera
dijo: «Largo, que le abraso
al que detenerme quiera.»
Viéndose ya perseguido
por aquella multitud
su trabuquillo atrevido
apuntó con prontitud
y rompió con gran bramido.
Cuatro de muertos rodaban
todos de sangre bañados
los demás todos temblaban;
de frio sudor helados
ayes de dolor lanzaban.
Todavía estaba oscura
aquella noche fatal;
con ligereza y bravura,
y aliento muy colosal
dió su vida por segura.
Salió de aquella ciudad
listo como una centella
y en la densa oscuridad
no descubría una estrella
que guiase su maldad.
Atravesaba un camino:
por un barranco saltaba
y casi perdiendo el tino,
las manos se ensangrentaba
para seguir su destino.
No paró de caminar
aquella noche horrorosa:
y queriendo descansar,
subió una senda escabrosa
que conducía a un pinar.
La fatiga le rindió,
tiempo ya que no comía;
dentro un bosque se metió,
y cuando se hizo de día
Juan Portela se durmió.
La ciudad revuelta estaba
para coger al traidor
toda la gente lloraba
mirando el cuadro de horror
que su vista presenciaba.
A los muertos recogieron;
y luego en el Campo-Santo

como es ley los condujeron,
y todos vertían llanto
por los pobres que murieron.
La justicia, como es dado,
cumplir con su obligación
acordó que del malvado
fuesen en persecución
para que fuese juzgado.
Largo tiempo había pasado
que Juan por bosques andaba:
y de tanta hambre agobiado,
precisamente robaba
para tomar su bocado.
Una mañanita hermosa
así que el sol ya salía
vió por su suerte ambiciosa
que un caballero venía
con la cara muy piadosa.
En su caballo montado,
a las ventas del Carpio fué
buscando muy fatigado,
mientras Juan estaba en pié
con su trabuco apuntando.
«Alto aquí, voto al infierno.»
Dijo Juan enfurecido.
«Vas a ver al Padre Eterno...
porque ten por entendido
que aquí yo mando y gobierno.»
El caballero bajó
de su negro caballito
Portela le repitió:
«Si das tan siquiera un grito,
tu vida ya se acabó.
Saca presto tu dinero
y lárgate sin caballo;
ningún daño hacerte quiero
pero si el furor estallo
pagarás como el primero.»
Aquel hombre se largó
sin caballo y sin moneda;
Portela diestro montó
salió por una vereda
y así desapareció.

SEGUNDA PARTE

En los montes de Antequera
una mañana robó:
seiscientos duros pilló
entre un coche y una galera.
Y se escondió; cual la fiera
en los bosques perseguida;
sin pensar que una partida
iba a darle gran quimera.
Eran de gendarmería
los contrarios del bandido
y él, cual lobo enfurecido
dijo que no los temía.
Disparó seis trabucazos
mientras ellos le buscaban
y los pobres se quedaban
cruzados ya de balazos.
Seis mató sin dar cuartel
y se fugaba celoso,
y el jefe loco y furioso
se dirigió frente a él.
«Ya no te escapas villano»
le decía muy airado
y Juan habiendo apuntado
disparó con su vil mano.
Muerto quedó, y trece son
los que quedaron sin vida.
«He dado la despedida»
dijo con satisfacción.
«Ya de Portela, en el mundo
su nombre resonará
y el hecho derivará
de un amor grande y profundo.
Se que mi vida no es mía
pues trece veces la debo,
y a matar más no me atrevo
que esto es un mar de agonía.
Es preciso descansar,
yo estoy rendido y hambriento
y es preciso en el momento
ese instante aprovechar.
A veinte pasos no más
del camino que seguía,
una luz Juan distinguía;
hermosa noche de paz.
Una casa de campo era;
Juan Portela se apeó,
luego a la puerta llamó
y respondió la ventera.
Dijo la buena mujer;

«Quién llamará a esta hora...»
«Un forastero, señora,
que el amo desea ver.»
Abrió la puerta el ventero
y preguntó que quería:
y Portela repetía:
«¿Sereis vos el mesonero?»
«Si señor», contestó el viejo
y a su servicio me hallo:»
«Pues dad un pienso al caballo
y a mí, cenar, y me alejo.
«¿Hay en casa mucha gente?»
fué Portela preguntando.
«Tres hombres que están cenando»
contestó el viejo indulgente.
«Subid conmigo señor:
en esta mesa sentaos,
y a más de esto figuraos
que el servir bien es mi honor.
Pero preguntarle quiero
si es usted algún bandido.
«Soy Portela el atrevido,
el famoso bandolero.»
«Jesús, María y José,»
contestó el viejo asustado;
«no me deje maltratado,
lo que quiera le daré.»
«No os aflijáis, abuelito,
comer busco, y descansar;
que Portela al retirar
no va por ningún delito.»
En una mesa cercana,
de los tres hombres que había
el uno se conocía
que en contestar tuvo gana.
El hombre se levantó
y exclamó medio llorando:
«Ay, Juan, te iba buscando
por tí deliraba yo.
Portela, no me conoces
soy Pepe, tu compañero
que te he buscado ligero
para darte malas voces.
Tu familia sabes bien
que al ver la nuestra amistad,
me han tenido voluntad
y confianza también.»
«Acaba por Satanás
dijo Juan enfurecido;
y Pepe muy aturdido,
dijo: «Bien, toma y verás.
Esta carta me entregó
tu padre, y es para tí,
yo con mi deber cumplí,
y algo más que me encargó.»
Portela con sangre fría
y sin pesar en el alma,
se puso a leer con calma
por ver lo que contenía.
«Querido y amado Juan,
hijo del alma querido,
te hallas por fin perdido
porque buscándote van.
Apenas puedo escribir
tantas espinas y abrojos,
porque el llanto de mis ojos
no lo puedo comprimir.
Tu madre está moribunda
de dolor y sufrimiento,
y a mí me agobia el tormento
con una herida profunda.
Ya pregonan tu cabeza
y eso me llega a matar;
un grito que hace aterrar
por toda Córdoba empieza.
Muerto o vivo, han de entregarte
delante el juez y el fiscal,
y de ese trance fatal
ya no puedes escaparte.
Solo te daré un consejo,
y así te podrás salvar:
no debes más esperar
así te aconseja un viejo.
Vete a Francia en este instante
aprisa y sin detenerte
quizás salvarás tu muerte
y esta vida delirante.
No cometas más horrores
de matar ni de robar
procura pronto escapar
de tantos perseguidores.
Adios hijo, solo siento
que ya no te veré más,
y que a muchos causarás

un horrible sentimiento.»
«Bravo, bien por vida mía;
mi pobre padre me avisa
que me escape muy aprisa...
Mañana será otro día.
Pepe, toma este dinero
que a mi padre has de entregar,
y dile, que no ha de pensar
si yo vivo ni si muero.
Vengan gallinas, capones,
patrón ándese usted listo
lo que quiero vive Cristo
disfrutar mil diversiones.
Venga una guitarra al punto
y una cañita cantemos,
el corazón alegremos
y no hablemos del asunto.»
Mientras todo esto decía
el famoso Juan Portela,
uno estaba con cautela
a una ventana que había.
Y viniendo apresurado
donde estaban los demás,
dijo: «Juan, perdido estás
abajo hay un hombre armado.
Y a lo lejos se divisan
armas que están reluciendo
y aquí se van dirigiendo
y un mal rato nos avisan.»
«Mi caballo, posadero:»
respondió al momento Juan:
«Mi caballo, voto a San...
yo morir aquí no quiero.
Amigos, con Dios quedad:
Pepe, mis padres consuela,
y diles que a Juan Portela
verán en la Eternidad.»
Cuando salía el bandido
de la puerta del mesón,
intentó su detención
uno que estaba escondido.
Pero tuvo paso franco
Portela en aquel momento,
y más ligero que el viento
ya atravesaba un barranco.
Mientras que muchos soldados
breve cortaron su paso,
Juan dijo: «Largo u os abraso,
imbéciles condenados.»
Pero fuego dispararon
los soldados, frente a él,
y por su suerte cruel
el caballo le mataron.
Aquí ya se vió perdido
y de coraje bramando,
fué su valor recobrando
aquel infernal bandido.
Su trabuco disparó
aquella fiera bravía
y con mala puntería
a dos soldados hirió.
Ocho hombres determinados
sus fusiles dispararon,
y un brazo de Juan quebraron
aquellos bravos soldados.
Un rechazo en la cabeza
Portela también tenía;
aquí empezó su agonía,
no le valió su destreza.
Cercando su derredor
lo cogieron de contado
y al punto, bien amarrado
ya tenían al traidor.
Lo subieron a un bagaje
y el infeliz ya lloraba
porque en sus padres pensaba
y allí dió fin su coraje.
«En marcha.» El jefe mandó,
«y a Córdoba con él, de frente.»
Y aquel día el sol naciente
aquel grupo iluminó.
Juan Portela agua pedía
porque la sed le abrasaba,
mientras uno se la daba,
Portela otra vez decía:
«Ya de vergüenza me muero
a Córdoba, no quisiera
ir de ninguna manera,
pegadme un tiro primero.
En ella habeis de saber
que mis padres me verán
y de dolor morirán,
cuando me vendrán a ver.»
Con palabras de piedad

y tratando estos asuntos
llegaron ya todos juntos
a dentro de la ciudad.
Muchos que le conocían
les causaba admiración,
y con acerba aflicción
lágrimas por él vertían.
Fué conducido a prisión;
y luego el juez y el fiscal
formaron el tribunal
tomando declaración.
Juan con la serenidad
que recobró en el momento,
prestó santo juramento
de decirles la verdad.
«Es Juan Portela mi nombre»
respondió Juan muy formal,
«De Córdoba natural:
soy ladrón, y no os asombre.
Trece muertos tengo en cuenta
dos heridos que no olvido,
un año he sido bandido
y la muerte no me afrenta.
Yo siempre fui muy honrado
cumpliendo con mi deber,
y por una vil mujer
hoy me veo en este estado.»
Firmada fué su sentencia
con la pena capital,
y al divino celestial
Portela pidió clemencia.
En capilla por tres días
fué puesto para sus penas,
muy cargado de cadenas,
sufriendo mil agonías.
A su vista un redentor
con dos velas alumbrado,
y aquel Cristo tan sagrado
aumentaba su dolor.
Ya los tres días pasaran
y el sacerdote llegó,
a Portela confesó
y después se lo llevaron.
Un Crucifijo en la mano
llevaba con devoción
y le pedía perdón
por todo el género humano,
Al patíbulo afrentoso
llegaron con gran cautela,
y el desdichado Portela
presenció un cuadro horroroso.
El verdugo le esperaba
con aquella sangre fría
y la faz le sonreía
como siempre acostumbraba.
Subió la vil escalera
con el sacerdote al lado
y estando arriba al tablado
exclamó de esta manera:
«Córdoba, patria adorada,
solo pido tu perdón;
tened todos compasión
de mi vida desastrada.
Padres, madres, yo me alejo
por toda una eternidad,
ejemplo de mí tomad,
desde el más niño al más viejo.
La verdad daré a entender
a los que pensais amores.
pués de mis duros horrores
fué la causa una mujer.»
El verdugo le cogió
a una seña que le daron:
las piernas a Juan faltaron
y al banquillo se sentó.
Mientras el buen sacerdote
junto con el penitente
dijo el credo, de repente
el verdugo dió el garrote.
Una gran consternación
en todo el público había
y todo un pueblo tenía
oprimido el corazón.

EPÍLOGO

La madre de Juan murió,
de tan fuerte sentimiento,
y su padre en el momento
dicen que loco volvió.
Siendo así amados lectores
ejemplo podeis tomar
en lo que vino a parar
Portela con sus amores.
Id todos del bien en pos
como buenos cristianos,
y como tiernos hermanos
amémonos ante Dios.

EL PERNALES

(FRANCISCO RIOS GONZÁLEZ)

Relación verídica del porqué se hizo
: : bandido y su vida como a tal : :

PRÓLOGO

Se presta a la fantasía
la historia de este bandido
que por tanto tiempo ha sido
el coco de Andalucía.

Pero son hechos reales
los que voy a relatar
y lo que vais a escuchar
de la **Historia de "El Pernales".**

No voy a poner en trono
al bandido generoso,
ni salir fiero y brioso
de sus tretas en abono.
No contaré las hazañas,
sacadas de las novelas,
de Corrientes y Candelas
ni otros hombres sin entrañas.

Mas, quiero dejar memoria
de los hechos verdaderos,
que describiré ligeros,
de esta verídica historia.
Y con documentos tales
enteraré a mis agentes
de los hechos más salientes
de la **Historia de "El Pernales".**

PRIMERA PARTE

En Estepa había nacido
en la calle de Mayalez,
y siempre honrado había sido
Francisco Rios González.
Su padre el pan se ganaba,
con honradez y sudores
y en el campo trabajaba
con otros agricultores.
Pero Francisco su hijo,
conocido por *Pernales*
se aburría en el cortijo
entre los toscos zagales.
Por esto, por no aburrirse,
se marchó, en jaca, a Tordilla,
a trabajar y a pulirse,
a la ciudad de Sevilla.
Aplazando el amorío,
que en Estepa se quedaba,
con la mocita Rocío
que el *Pernales* adoraba.
En Sevilla trabajando
en el taller de don Nuño,
y en la escuela fué dejando
la tosquedad del terruño.
Y a los años veinte y cuatro
se presentó nuevamente
en Estepa, con buen trato
un buen mozo inteligente.
Ya en Estepa, en el Casino
de Conserje entró el *Pernales*
siendo un Conserje muy fino
con sus correctos modales.
Cuando tuvo asegurado
el pan de su madrecita,
pensó en el amor pasado,
pensó en aquella mocita
que él había distinguido
entre todo el mujerío
que en Estepa había nacido:
en la garbosa Rocío.
Y a los dos días justitos
la amortelada pareja
platicaban muy juntitos
dentro y fuera de la reja.
Mas, la casa de la nena
era la del encargado
de los condes de la Mena
y, en ella había pasado
una escandalosa historia,
que por aquel pueblo corría,
con la condesita Gloria
y un primo que la quería.
Y este primo, un señorito
presumido y sin modales,
fué el que cambió, maldito,
la vida del buen *Pernales*.
Una tarde en el Casino
se mostró tan insolente
que el Conserje, siempre fino,
apostrofó al indecente
y prometió de la chanza
por don Julio allí gastada,
tomar ejemplar venganza,
en defensa de su amada.
Don Julio, precisamente
proporcionó al resentido

vengarse del imprudente
acto por él cometido
porque queriendo, el muy pillo,
deshonrar a doña Gloria,
se avistó con el *Vivillo*
bandido de negra historia
y en su infame desvarío
buscó la manera y como
de deshonrar a Rocío,
la hija del mayordomo.

El *Vivillo*, en trances tales
vió en perspectiva un alijo
y se lo contó al *Pernales*
citándolo en un cortijo.

Y allí quedó de manera
que aquel don Julio malvado
fuese la presa primera
del nuevo bandido osado,
que lo asaltó sin tardanza
presa de gran desvarío
cuando estaba en asechanza
de deshonrar a Rocío.

Pernales robó a la niña
Rocío de sus ardores
llevándola a la campiña
a compartir sus amores.

Y así, por sus amoríos,
y por causas tan banales,
del mozo Francisco Rios
salió el bandido *Pernales*.

En el atraco primero
de aquel don Julio malvado
que era todo un caballero,
Pernales dejó probado
porque no mató al causante
de su vida de bandido,
y fugitivo y errante,
como don Julio había sido;
mas del pueblo en el camino
lo dejó sucio y atado
y avergonzado y mohino
por lo que había pasado.

Dejó al *Vivillo* el *Pernales*
y él y el *Niño de la Gloria*
por los caminos reales
dieron comienzo a su historia.

SEGUNDA PARTE

Muy pronto tocó la fama
su trompa por el bandido
que de pronto había surgido,
compañero de una dama
y en Aquilar y Lucena
y en los cortijos lindantes
se impuso a los habitantes,
por la mala o por la buena.

Desde su primer alijo
cuidó no faltara nada
a aquella madre adorada
separada de su hijo.

Mas, de Córdoba en la sierra,
el bandido *Macareno*
quiso ser rey del terreno
y al *Pernales* buscó guerra,
porque el *Macareno* era
un bandido sin entrañas,
un ladrón con malas mañas,
y, más que hombre, una fiera.

Pero el *Pernales* quería
quitarse competidores
que así sembrasen de horrores
las sierras de Andalucía
y con guapeza, y sereno,
desafió al bandido fiera,
y acabó de esta manera
la vida del *Macareno*.

De esta hazaña del *Pernales*
nació su justo renombre
pues se le tuvo por hombre
matador de criminales.

Que el *Macareno* había sido
un ladrón muy desalmado,
que el terror había sembrado
con su vida de bandido.

Solo en la sierra quedaba
a los tres meses cabales,
y ya tan solo al *Pernales*
la guardia civil buscaba
y por fin una mañana
fué el *Pernales* capturado
y visitó maniatado
la cárcel de la Campana.

Quedó en la sierra Rocío
y, como al mudar de saya,
se enredó con el *Vizcaya*
en nuevo y torpe amorío,
faltando a la fé jurada
y sin pensar que su amante
estaba en aquel instante
meditando una escapada.

Pero el *Pernales* un día
dijo al *Niño de la Gloria*
que quería que la historia,
al hablar de Andalucía,
contara que una mañana
el *Pernales* y su gente
dejaron muy guapamente
la cárcel de la Campana.

Y así fué como lo dijo,
escaparon con gran maña
y huyeron a la montaña
de un amigo en el cortijo.

De gayanes dormilones
robaron cabalgaduras,
necesarias vestiduras
y armas y municiones.

El *Vizcaya* y la Rocío
levantaron sus reales,
por miedo de que el *Pernales*
enlutara su amorío.

Pero el *Pernales* dejaba
a Rocío y a su amante,
porque en aquel instante
solo en su madre pensaba
y al momento, y de corrido
tuvo su madre dinero,
que de un rico cortijero
exigió pronto el bandido.

Un propietario usurero
pidió de mala manera
a una vieja cortijera
de la contrata el dinero
y sin embajes la dijo
que si cien duros no daba
a los tres días la echaba
por la fuerza del cortijo.

Pero se enteró el *Pernales*,
robó al amo su cartera
y entregó a la cortijera
para pagar, dos mil reales.

De Genil el Secretario
retó en hora malhadada
al *Pernales* y alabada
fué la cosa en un diario.

Pernales cogió el camino
de Puerto Genil, solito
y fué a encontrar al mocito
ya de noche, en el Casino.

Y el bandido extraordinario
se presentó de repente
y dijo: «*Pernales* presente»
¿donde está este Secretario?

Y como ante este alarde
de valor, nadie saliera,
dijo: «decid a esta fiera
que es miserable y cobarde.»

Una noche disfrazado
de capitán de civiles
arrostró peligros miles
para no ser capturado
y a los guardias vigilantes
mandó todos a un barranco
y así tuvo el paso franco
él y sus acompañantes.

TERCERA PARTE

Recordando su pasado
Pernales marchó a Sevilla
caballero en su tordilla
vestido como hacendado.
Tomó en Córdoba el correo
que en Sevilla lo dejara
ciudad que recordara
los años de su moceo.
Mas en la feria podía
topar con un conocido
y se marchó de corrido
sin tardar ni un solo día.
En saliendo de Sevilla
tuvo la suerte el *Pernales*
de hablar con una rubiales
que se llamaba Conchilla.
Y la conoció en buena hora,
pues aquella macarena
le curó la aguda pena
de la Rocío traidora.
Al Rubio se fué el *Pernales*,
donde Conchita vivía,
y se la llevó aquel día
para alivio de sus males.
Y esta fué su Conchilla:
su compañera adorada,
que se cita, al ser nombrada
de *Pernales* la cuadrilla
Un día, cuando el *Pernales*
retornaba de un asalto
le detuvo una voz de: ¡Alto!
lanzada entre matorrales
y al preguntar: Que se sepa.
¿Ante quien me voy parando?
salió un hombre contestando:
«Ante el Pernales de Estepa.»
Mas al ver que había atracado
al *Pernales* verdadero
perdón pidió el embustero
y todo quedó arreglado.
Aquel *Niño de la Gloria*
que fué el primer compañero,
y un amigo verdadero
del *Pernales* en su historia,
murió con gran valentía
un día que allí emboscada
estaba la fuerza armada
que al *Pernales* perseguía.
Desde este hecho la cuadrilla
se vió de asechanzas llena
y un día estaba en Marchena
y al otro día en Sevilla.
Un día, cuando acababan
de terminar un asalto
les sorprendió la voz de: ¡Alto!
que los civiles les daban.
Allí murieron matando
casi todos los bandidos
que habían sido sorprendidos
por la sierra cabalgando,
y temiendo otra emboscada
que entrevenga su experiencia
quiso marcharse a Valencia
con su Conchilla adorada.
En Valencia aposentados,
disfrutaron los amantes
los más felices instantes,
como dos recién casados.
Pero una fotografía
del *Pernales* publicada
en la «Revista Ilustrada»,
les agrió tanta alegría.
Pernales marchó a su sierra,
y la Conchilla a un cortijo
vislumbrando ya a su hijo
que aún no estaba en la tierra.
La cabeza del *Pernales*
pregonó el gobierno un día,
y por ella prometía
cinco mil duros cabales.
Mas *Pernales* se burlaba
del precio de su cabeza,
y con valor y guapeza
por las sierras cabalgaba.

Por fin le anunció su amante
que una niña había tenido.
y allí fuese de corrido
presuroso y anhelante.
Y al besar a hija y madre
prometió muy conmovido
acabar de ser bandido
para ser esposo y padre.

Pero no pudo enmendarse,
ni hacer lo que prometía,
que cuando se disponía
a marchar para embarcarse,
por delación malhadada,
los civiles le acecharon
y la vida le quitaron
al caer en la emboscada.

EPÍLOGO

Conchilla fué capturada
y, con su hija querida
pasó parte de su vida
en la cárcel encerrada.

Mas fué fiel a la memoria
del que le dió tan buen trato;
y aquí se acaba el relato
de esta verídica historia.

— Es propiedad de —
Vda. Juan Grau Gené

LIBRERÍA Y PAPELERÍA DE "LA FLECA"

REUS. — CALLE ALEUS, núm. 1. — REUS

HISTORIAS QUE SE HALLAN EN VENTA

Don Juan Prim.
Cristóbal Colón.
Guerra de Africa.
Genoveva de Brabante.
Flores y Blanca-Flor.
Don Juan Tenorio.
Carlo-Magno.
La Dama de las Camelias.
Rosaura del Trujillo.
Marcos Vicente.
Pierres y Magalona.
Robo de Elisa.
Hernán Cortés.
La hermosa de los cabellos de oro.
Bernardo del Carpio.
Don Pedro el Cruel.
Los siete infantes de Lara.
Diego Corrientes.
La doncella Teodora.
La heroica Judith.
Matilde y Malek-Adel.
Abelardo y Eloisa.
Ricardo e Isabela.
El Marqués de Villena.
El Conde de las Maravillas.
Gonzalo de Córdoba.
El Bastardo de Castilla.
Tablante de Ricamonte.
La Guirnalda milagrosa.
Los siete sabios de Roma.
Guerra de la Independencia.
Los niños de Ecija.
Doña Juana la Loca.
El Toro blanco encantado.
El Santo Rey David.
La Urraca ladrona.
Cornelia o la víctima de la inquisición
La Diosa de los mares.
Viajes aéreos.
Jaime el Barbudo.
Rosa Samaniego.
Pincha uvas.
El casto José.
El valeroso Sansón.
La Creación del Mundo.
El Diluvio Universal.
San Alejo.
San Amaro.
Nuestra Sra. de Montserrat.
El Marqués de Mántua.
Francisco Esteban el Guapo.
El Cortador de Cabezas.

En la misma casa se halla de venta gran surtido de Juguetes, Muñecas, Bebés, Abanicos, Paraguas, Sombrillas, Petacas, Carteras, Tarjeteros, Naipes, Juegos Dominó y Libritos para fumar.

2055